

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Freud, ¿dualista?.

Recalde, José Andrés.

Cita:

Recalde, José Andrés (2013). *Freud, ¿dualista?.* V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/807>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/0hu>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

FREUD, ¿DUALISTA?

Recalde, José Andrés

Universidad de Buenos Aires

Resumen

El presente trabajo se propone problematizar la noción de cuerpo que se desprende de las primeras formulaciones freudianas del síntoma histérico a partir de un rodeo por dos de los principales dualismos que han marcado la historia de la episteme occidental: el dualismo platónico (mundo sensible-mundo aparente) y el dualismo cartesiano (*res cogitans-res extensa*).

Palabras clave

Cuerpo, Síntoma, Dualismo, Histeria

Abstract

FREUD, DUALIST?

The following essay intends to problematise the notion of the body that can be deduced from the first freudian theory of the hysterical symptom by establishing strains with two of the dualisms that have marked the history of the occidental episteme: the platonic dualism (sensible world-intelligible world) and the cartesian dualism (*res cogitans-res extensa*)

Key words

Body, Symptom, Dualism, Hysteria

Introducción

Para la realización del este breve trabajo me interesa abordar un rasgo de la noción de cuerpo que se postula en psicoanálisis a partir de la problematización del dualismo sujeto-cuerpo. Para ello tomaré la oposición platónica mundo sensible-mundo de las ideas, y la división entre *res cogitans* y *res extensa* cartesiana, con el propósito de presentar tensiones en los primeros planteos Freudianos del síntoma histérico. Mi hipótesis es que al mismo tiempo que Freud quita al cuerpo del olvido en el que había caído, otorgándole un estatuto de saber, perpetúa una concepción dicotómica entre la *psyché* y el cuerpo.

El cuerpo es una tumba

Platón afirma que el mundo de las apariencias, de los sentidos, de la opinión, no es más que una copia del mundo de las ideas, del conocimiento, de la verdad. No se trata de una mera repartición, sino de una verdadera valoración de superioridad del ámbito eidético por sobre el mundo de los sentidos.

El alma y el ser quedan directamente identificados con el conocimiento, con el acceso elevado al mundo de lo auténtico. El alma del hombre, perfecta y alada, vivió en el mundo de las ideas, las contempló, estuvo originariamente en contacto con lo verdadero. A diferencia del cuerpo es inmortal porque nunca deja de moverse a sí misma, es fuente y origen de todo, pero de nada precede. Ingénita e imperecedera, al perder sus alas va a la deriva, “hasta que se agarra de algo sólido, donde se asienta y se hace cuerpo terrestre” (Platón 1578, *Fedro* 246c2-4). Son tres las partes en que está dividida el alma, dos tienen forma de caballos, una tercera de

jinete, de auriga. El primer caballo, blanco y bello, “amante de la gloria con moderación y pundonor, seguidor de la opinión verdadera y, sin fusta, dócil a la voz y a la palabra” (Platón 1578, *Fedro* 253d5 y 253e1); el segundo, tosco y negro, ardiente, “de peludas orejas, sordo, apenas obediente al látigo y los acicates” (Platón 1578, *Fedro* 253e4-5). La parte superior del alma, el auriga, debe domeñar ambas partes inferiores; guiar al primero a la razón, y domeñar los placeres y deseos mundanos del segundo. El auriga “no puede por menos de tirar hacia atrás de las riendas, tan violentamente que hace sentar a ambos caballos sobre sus ancas, al uno de buen grado, al no ofrecer resistencia, al indómito, muy a su pesar” (Platón 1578, *Fedro* 254c1-3).

El cuerpo, mortal, en tanto de allí parten los sentidos, es la encarnación del olvido en que han caído los hombres, quienes se dejan llevar por las apariencias, los engaños. El cuerpo, fuente de todo mal, es la cárcel de aquella alma que ha perdido sus alas y caído en el mundo inferior de lo falso. En palabras de Platón:

Plenas y pura y serenas y felices las visiones en las que hemos sido iniciados, y de las que, en su momento supremo, alcanzábamos el brillo más límpido, límpidos también nosotros, sin el estigma que es toda esta tumba que nos rodea y que llamamos cuerpo, prisioneros de él como una ostra. (Platón 1578, *Fedro* 250c3-8)

El mundo aparente, cuyo máximo exponente es el cuerpo, hace obstáculo para acceder al alma, a la esencia del ser; será exclusivamente el filósofo, de mente alada, quien tendrá acceso a lo auténtico a través de la contemplación. El dualismo platónico no solo marca una clara disimetría entre el cuerpo y el alma, enfatizando un pensamiento dicotómico del ser, que se funda en el menosprecio y la desvalorización de todo lo que pudiera partir del primero. Frente al antagonismo de la razón y la pasión, lo que hay que reprimir es lo corpóreo, fuente de pasiones y deseos mundanos. El combate que libra el auriga será condición de posibilidad para acceder a lo verdadero.

Soy una cosa pensante

En los albores de la modernidad, esta dualismo instalado en la historia del pensamiento en Occidente es retomado en otros términos: *res cogitans* - *res extensa*. El único modo de arribar a un conocimiento que sea verdadero, sostiene René Descartes, será a través de la metódica desestimación de todo aquello que represente o implique algún grado de duda: “... de todas las cosas que juzgaba verdaderas, no existe ninguna sobre la que no pueda dudar, no por inconsideración o ligereza sino por razones fuertes y bien meditadas” (Descartes 1973, 51). Todo lo que sea cognoscible por la vía de los sentidos será dudoso y, así, descartado. Nuevamente, nos encontramos ante un escenario similar al platónico: se cuestiona lo sensible y por ende al cuerpo, la *res extensa*. Nada de lo que de allí parta puede ser fuente de auténtico conocimiento, quedando así rechazado en favor de la razón. Lo único de lo que no se puede dudar es del Yo racional. De este modo llega Descartes al *cogito*, al primer principio indiscutible: Yo soy, Yo existo. Extrae de la duda una certeza, puesto que en la medida de que dudo, de que pienso, tengo la certeza -en ese mismo instante- de que existo. La existencia

queda ubicada en el pensamiento y excluida del mundo sensible. El pensar va a ser sinónimo de actividad psíquica, de conciencia y voluntad. Y por esa vía se podrá acceder a la certeza de *ser* algo. Descartes afirma:

Examiné después atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo alguno y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo me encontrase, pero que no podía fingir por ello que yo no fuese (...) conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno, no depende de cosa alguna material; de suerte que este yo, es decir, el alma por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, el alma no dejaría de ser cuanto es (Descartes 1945, 51).

El yo cartesiano es el sujeto del conocimiento, entendido como una sustancia, como una cosa cuya propiedad última y fundamental es pensar. La sustancia es lo que subyace y lo que posee un ser en sí que no depende de otra cosa para ser. El *cogito* no solo es independiente del cuerpo, de la *res extensa*, sino que es más fácil de conocer al ser indiscutible su existencia. Entonces, mientras el cuerpo, la *res extensa*, queda despreciado, se ubica al ser del sujeto en una sustancia, alma o razón, la que será su fundamento.

En síntesis, si el dualismo platónico marca una clara disimetría entre el cuerpo y el alma, que menosprecia todo lo que pudiera partir del primero, el dualismo cartesiano no hace sino enfatizar dicha valoración. A la par que descarta lo sensible como vía de acceso a lo verdadero, funda una sustancialización del sujeto en el “soy una cosa pensante”, donde queda encerrado todo lo auténtico y verdadero del ser. El sujeto moderno es un sujeto de la razón, transparente a sí mismo, que encuentra su certeza en el pensar.

El síntoma histérico y Freud

El psicoanálisis, por su parte, en los albores del siglo XX, nace frente al encuentro fallido entre el discurso médico y unos cuerpos que no se adecuaban a este. Las pacientes histéricas mostraban a sus médicos cómo su saber sobre el cuerpo, el cuerpo de la anatomofisiología, era inoperante ya que no podían explicar por qué sus brazos y piernas paralizadas no respondían ni al diagnóstico ni a los tratamientos de la época. El psicoanálisis aparece, entonces, como un intento de responder a la incógnita abierta por estos cuerpos.

Tomaré algunos de los desarrollos Freudianos en torno al síntoma histérico para problematizar el lugar que Freud otorga al cuerpo, puesto que a lo largo de todo el *corpus* psicoanalítico este queda en estrecha relación con la histeria; a diferencia del síntoma obsesivo, que queda ligado habitualmente al pensamiento, al alma.¹

Freud sostiene, en los comienzos de sus primeras elaboraciones psicoanalíticas del síntoma, que frente al conflicto psíquico se motoriza una defensa -que luego llamará represión- con el fin de producir un divorcio entre la representación psíquica penosa y el afecto. La representación conflictiva será escindida, pasando a formar parte de un segundo grupo psíquico, el inconciente. Sin embargo, el destino del afecto, del *quantum* -que está exaltado, en demasía-, será distinto según se trate de histeria o de neurosis obsesiva. En esta última, el afecto será trasladado, por *falso enlace*, a otra representación, permaneciendo así en el orden de lo psíquico. Así Freud ubica como síntomas característicos de la neurosis obsesiva el cavilar, la compulsión a la duda y la sexualización de los pensamientos. En la histeria, en cambio, el afecto será llevado al cuerpo *vía* el mecanismo de conversión, dando por resultado el síntoma histérico. “En la histeria, el modo de volver inocua la representación inconciliable es trasponer a lo corporal la suma de excitación, para

lo cual yo propondría el nombre de conversión” (Freud 1894, 50). Vale la pena aclarar que, en este punto, el cuerpo en el que piensa Freud no es el anatómico, puesto que aclara que poco tienen que ver las inervaciones corporales, por ejemplo en la parálisis de un brazo, sino que la zona afectada responde a la representación psíquica corporal que ese sujeto tenga.

Es relevante resaltar el carácter paradójico de esta primera elaboración Freudiana. Por un lado, arranca al cuerpo (y a las pacientes histéricas... ¿siempre mujeres?) del campo de la fisiología y biología, al tratarse de un cuerpo que tiene que ver con la representación, con el inconciente; cuerpo que es considerado una vía privilegiada de acceso a la verdad. Aquí vemos cómo el cuerpo Freudiano aparece en un lugar diametralmente opuesto al platónico y al cartesiano, que engaña y hace de obstáculo. Sin embargo, Freud concibe al cuerpo de las histéricas como el lugar donde se plasmará aquel exceso que tornará a una representación en inconciliable para el yo, que al motorizar una defensa producirá un divorcio entre la *psyché* y el cuerpo. Es en este punto en el que se vislumbra una clara imprevista *despreciadora* del cuerpo.

Una posterior elaboración del síntoma histérico lleva a Freud a preguntarse por el origen mismo de este: “¿Son los síntomas de la histeria de origen psíquico o somático?” (Freud 1905, 36-37). Al respecto, sostiene que se requiere de una contribución de ambas partes. Freud afirma que para que se forme el síntoma histérico hace falta, en primer lugar, una *solicitud somática* a la que habrá de soldarse sentidos, fantasías inconcientes de contenido sexual -al menos una. Por solicitud somática, entiende “un proceso normal o patológico en el interior de un órgano del cuerpo” (Freud 1905, 37).

A partir de esta segunda formulación, parecería que nos acercamos a una aproximación menos dicotómica del síntoma histérico, en tanto Freud resalta que debemos entenderlo como una “formación de compromiso” entre lo psíquico y lo corporal. Sin embargo, entiendo que el lugar otorgado al cuerpo permanece inalterado, puesto que continúa siendo el sitio de plasmación de los excesos y pasiones libidinales. Asimismo, Freud resalta:

Por más que siguiendo estas elucidaciones la parte somática del síntoma histérico aparezca como el elemento más permanente, de más difícil sustitución, y la psíquica como el más mudable, la más fácil de subrogar, no se infiera de esa relación una jerarquía entre ambas. Para la terapia psíquica, la parte psíquica es en todos los casos la más importante (Freud 1905, 48).

En primer lugar, volvemos a encontrarnos con la valoración de superioridad del lo psíquico, de la *psyché*, del alma. El cuerpo, por más que aparente ser lo importante y permanente, no ha de ser de lo que se ocupe un analista. Por otro lado, el cuerpo es aquí entendido como organismo, como *res extensa* donde no habrá de buscarse la esencia del sujeto. Será lo psíquico, aunque inconciente, el fundamento último del sujeto, donde habrá de encontrar la clave el “rey analista”. Sin embargo, si bien podría pensarse que Freud sustancializa el aparato psíquico, a diferencia del *cogito* cartesiano, no postula un sujeto del conocimiento racional y cognoscente; por el contrario, la *psyché* Freudiana se caracteriza por desconocerse e ignorar que “eso piensa”.

A partir de la introducción del concepto psicoanalítico de pulsión -que en varias oportunidades Freud se encarga de definir precisamente como un límite entre lo psíquico y lo somático- el psicoanálisis encuentra un dominio corporal que le es propio: la zona erógena. La fuente de la pulsión es entendida por Freud como “aquel proceso somático, interior a un órgano o una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión” (Freud

1915, 118). Sin embargo, no es cualquier parte del cuerpo la que puede brindar la ocasión para que se genere una pulsión, sino que debe ser una zona corporal que en las primeras vivencias sexuales infantiles haya sido libidinizada, es decir, una zona erógena. Aquella primera teoría del conflicto entre afecto y representación, a partir de estas postulaciones metapsicológicas, es releída en términos de un conflicto entre el Yo y las pulsiones hiperpotentes, fijadas, acrecentadas por frustraciones de la vida, que tendrá por resultado un síntoma, histérico u obsesivo. Permanecemos, entonces, en el terreno de un dualismo entre la vida anímica y la vida corporal, pero con una agencia representante -la pulsión- de lo somático en lo psíquico.

Con la segunda tópica Freudiana nos encontramos con una concepción tripartita del aparato psíquico, fuertemente marcada por el dualismo platónico y cartesiano. La *psyché* Freudiana está dividida en tres: yo, ello, y superyó. El ello, es ubicado como la sede pulsional, de donde parten las exigencias libidinales; el yo Freudiano, en cambio, es el auriga prudente y razonable, capaz de domeñar a las pasiones contenidas en el ello. Freud sostiene:

La importancia funcional del yo se expresa en el hecho de que normalmente le es asignado el gobierno sobre los accesos a la motilidad. Así, con relación al ello, se parece al jinete que debe enfrentar la fuerza superior del caballo, con la diferencia de que el jinete lo intenta con sus propias fuerzas, mientras que el yo lo hace con fuerzas prestadas (Freud 1923, 27).

Sin embargo, entiendo que Freud toma una postura inversa a la platónica. Si para Platón el cuerpo es la cárcel que encierra al alma; si primero fuimos puros y plenos, almas perfectas, que al perder sus alas se corporizaron y llenaron de pasiones; para Freud, primero se es un ello, pura pasión, y secundariamente un yo: “Es fácil inteligir que el yo es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior...” (Freud 1923, 27). Asimismo, Freud es menos optimista que Platón, su clínica se lo ha demostrado, y descree de un completo dominio de las pasiones por parte del yo:

Así como el jinete, si quiere permanecer sobre el caballo, a menudo no le queda otro remedio que conducirlo adonde este quiere ir, también el yo suele trasponer en acción la voluntad del ello como si fuera la suya propia (Freud 1923, 27).

Finalmente, Freud culmina por definir al yo como un jinete avasallado, intentando conciliar instancias inconciliables. Así titula un artículo crucial en la elaboración de su segunda tópica del aparato psíquico: “Los vasallajes del yo” (Freud 1923, 49).

Conclusión

Por un lado, nos encontramos con elaboraciones psicoanalíticas del síntoma histérico que hacen del cuerpo la clave para acceder a la verdad que este encierra, que dislocan al cuerpo del saber anatomo-fisiológico. Sin embargo, simultáneamente, el cuerpo queda ubicado como el destino de todas aquellas pasiones que sobran, que enturbian y oscurecen al sujeto, y de las que el cuerpo es, precisamente, su fuente. Encuentro que si bien Freud se pregunta por el estatuto del cuerpo que esas paciente histéricas le traen a su consulta, y a pesar de encontrar allí un saber, no obstante perpetúa este dualismo al concebir un aparato psíquico que escinde la representación del cuerpo para defenderse de los peligros internos pulsionales, peligros corporales -forzándolo un poco. Un punto aún redobla la dicotomía entre *psyché* y cuerpo, y es la insistencia Freudiana en ubicar histéricas mujeres con afecciones corporales, y neuróticos obsesivos hombres con síntomas psíquicos. Dos series podríamos armar en torno a lo hasta aquí problematizado. Cuerpo, pasión, histeria, mujeres, por un lado; Alma, razón o inconciente,

obsesión, varones, por el otro.

i Como ejemplo de esta división entre cuerpo-histeria y alma-neurosis obsesiva, cito a J. Lacan en *Radiofonía y televisión* (1972): “Él piensa ya que una estructura, la del lenguaje -la palabra lo admite-, ya que una estructura recorta su cuerpo, lo que nada tiene que hacer con la anatomía. La prueba el histérico. Esta cizalla llega al alma con el síntoma obsesivo: pensamiento con que el alma se entorpece, no sabe qué hacer”.

BIBLIOGRAFIA

Descartes, R. (1973) *Meditaciones metafísicas*, Buenos Aires, Ed. Aguilar.

Descartes, R. (1945) *Discurso del método*, Buenos Aires, Espasa - Calpe.

Freud, S. (1894) “Las neuropsicosis de defensa”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2002, t. III.

Freud, S. (1905) “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2002, t. VII.

Freud, S. (1915) “Pulsiones y destinos de pulsión”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998, t. XIV.

Freud, S. (1923) “El yo y el ello”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2003, t. XIX.

Platón, 1578, Fedro.